

DOMINGO: EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Éxodo 24, 3-8): *Haremos todo lo que ha dicho el Señor.*

Salmo (115, 12-13.15-18): *«Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor».*

2ª lectura (Hebreos 9, 11-15): *Se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha.*

Evangelio (Marcos 14, 12-16.22-26): *Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos.*

La de hoy es una fiesta llena de símbolos muy antiguos que hoy, quizá, no logran transmitir a todo el mundo la enorme riqueza existencial que podía tener para aquellas gentes, enfrentadas continuamente a los riesgos de una vida llena de amenazas. Los elementos de una comida propia de pastores no tienen mucho que ver con las hamburguesas y los pasteles que hoy llenan las mesas de las tabernas y restaurantes que pululan por nuestras ciudades. Y, sin embargo, lo mismo que hoy está reflejada la facilidad de una vida moderna sometida a la eficiencia de unas máquinas que elaboran los elementos de nuestras tareas y de nuestro ocio, también en aquellas comidas de antaño, quedaba reflejada la vida sometida a tantos peligros y amenazas como les tocaba vivir.

La cultura nómada de unas tribus de pastores queda pintada en el ritual de una comida compartida con los que son a veces sus amigos, a veces sus enemigos. La carne de vacas o corderos podía ser igualmente el alimento compartido en una fiesta de hermandad y buena relación, como la expresión real de una violencia cruenta y feroz en donde corría la sangre de los enemigos, enfurecidos por unos pactos violados, por unos animales robados o unas mujeres secuestradas.

La comida ritual cerraba el largo proceso de elaboración de unas reglas de convivencia plasmadas en unas piedras que, como monolitos en los cruces de caminos, recordaban la frágil separación entre la guerra y la paz, la muerte y la vida, la desdicha y la alegría. Miles de años llevamos uniendo la vida con la comida festiva, los pactos con su ratificación y firma, la infracción con la sangre que será derramada en caso de incumplimiento. Carne y sangre como símbolos de vida o de muerte, de recompensa o castigo.

Ya en la sinagoga de Cafarnaúm, tal como nos relata el evangelio de Juan, los contemporáneos de Jesús se preguntaban extrañados como era posible comer el cuerpo de Cristo. Entendían ellos el cuerpo de carne y sangre y no podían aceptar una cosa tan extraña. Sin embargo, Jesús insiste y afirma que su carne es verdadero manjar y su sangre verdadera bebida. La mayoría de sus discípulos se declara incapaz de entender este discurso que es ciertamente la palabra de Dios inspirada.

Algunos de estos discípulos abandonaron a Jesús porque no entendían sus palabras. Sin embargo, las palabras de Jesús son palabras de vida eterna que aceptaron aquellos que creyeron que Jesús era el pan bajado del cielo. Cuando nosotros ahora nos enfrentamos con este misterio de eucaristía, si somos creyentes nos resulta fácil tomar la actitud de los apóstoles frente a las dudas de los demás y responder como Pedro: *«Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».*

Esa es la oferta garantizada que ofrece la fe como don a todos los que se deciden a aceptarla libremente. No vamos a discutir sobre la falta de consistencia de aquellas alternativas salvíficas que prescindían del don de Dios, simplemente queremos afirmarnos en la línea de los que quieren nutrirse del pan de vida. Entendemos que es fácil escandalizarse ante el discurso de Jesús, pero no es menos cierto que lo que verdaderamente vivifica no es precisamente la carne, sino el Espíritu.

Las palabras de Jesús son Espíritu y son Vida y no pueden entenderse sin fe. No nos extrañaremos de que cada vez cunda más la actitud de quien busca motivos para no creer, recordemos que el lenguaje de Jesús es duro y de difícil inteligencia, pero asequible para aquellos que verdaderamente le conocen. El cuerpo de Cristo no puede ni debe ser entendido como una realidad bioquímica de carne y sangre que penetra en nuestro organismo y le da vida. Entendido así el discurso de Jesús no sólo resulta duro sino inaceptable y la fe requiere nuestra libre aceptación.

La realidad sacramental del Cuerpo de Cristo contempla otros niveles que trascienden al orden físico sin que por ello niegue la importancia del orden natural en la vida de los sacramentos. Nutrirse del cuerpo de Cristo, comer su carne y beber su sangre, es recibir el pan vivo bajado del cielo. Es recibir la vida de Dios Padre celestial que se hace carne y sangre en el cuerpo de Cristo en esa unión personal de la naturaleza divina y humana, que constituye el gran misterio revelado, el amor de Dios al hombre. Es vivificar al hombre con la propia vida de Dios.

Nuestra historia cristiana brota de una tradición anterior. De ella recoge la riqueza simbólica que nutre nuestras celebraciones. En su centro, siempre, la vida. Con sus posibilidades y amenazas, con sus anhelos y angustias, sus esperanzas y desánimos. Si siempre hubo una víctima, consecuencia lógica del enfrentamiento o sustituto razonable y festivo de las vidas ahorradas, ahora, la víctima es la expresión de un Amor inexpresable que se ofrece para evitar todas las muertes, liberar a todos de la amenaza y del miedo y unirlos en la celebración del compromiso existencial por una vida y un mundo más humano, más pacífico, más solidario y más compartido.

En el Pan está la tarea y la vida. En la Sangre está la historia llena de tanta sangre derramada. En ellos estamos todos con nuestras hambres y anhelos. Pero, sobre todo, ahí, en el centro de nuestra celebración está Dios, hecho carne y sangre, pan y vino, muerte y vida, para que todos vivamos. Para nosotros, ahí, está Cristo.